

nombrado á Dios el resplandeciente.

Para que no deslumbre la luz, es bueno entornar los ojos, y proyectar la idea hacia la profundidad y la obscuridad.

Respuesta, *res*, cosa, puesta.—El que no sabe pregunta. La ciencia procede así:

Sócrates preguntaba y discutía las respuestas:

Preguntaba á todos; preguntaba al oráculo; se preguntaba, finalmente, á sí propio, y no encontraba respuesta para el saber total.

En cambio sintió una respuesta para el ejercicio del saber en particular; para la práctica, para la vida, y esta respuesta era el *bien*. A pronunciarla llevaba siempre por diversos caminos y rodeos á sus interlocutores.

No era esto la ciencia, pero era una regla fiel para el ciudadano y para el hombre.

Restaba justificarla científicamente y coordinarla con el sentimiento religioso.

Estas deficiencias bastaron para que Sócrates fuera acusado de sofista, de visionario, de loco y de ateo, con lo cual, y con el perjuicio ocasionado á numerosos intereses, motivó su condenación y su muerte.

La ciencia sigue respondiendo siempre que no sabe, cuando se la pide que lo sepa todo. En cambio si nos contentamos con saber algo, nos responde mucho y relativamente bueno.

No nos da el bien *absoluto*, sino el bien *relativo*, y con esta salvedad limita expresamente la solución socrática; que todo, hasta lo bueno, necesita ser limitado, so pena de no ser determinado, de no llegar á ser un hecho.

Dentro de límites, ó sea relativamente, la ciencia, contesta ó puede contestar á todo. Fuera de límites no contesta, ó dice sólo que necesita limitarse al contestar.

Restar, *re, por*, continuación, de *estar*.—Función aritmética negativa, contrapuesta á la función positiva *sumar*.

Se suman y se restan fenómenos relacionados entre sí.

Relacionando fenómenos sumados y restados ya, se hacen multiplicaciones y divisiones, y relacionando consigo mismas multiplicaciones y divisiones hechas, se las eleva á potencias ó se extraen sus raíces.

Restricción, del latín *re*, muchas cosas, y *stringere*, apretar.—Limitación, más ó menos oportuna, de una función ó de una ley.

En general nada absoluto se debe admitir sin restricciones.

En particular nunca es bueno restringir demasiado la aplicación de la ley, ni la libertad en su formación.

Una vez hecha la ley teórica, ha de servir de regla en la práctica, y por el contrario la práctica por sí misma se conforma con la ley, ó la reforma.

De todo conviene usar, pero no abusar. La prudencia es el límite común del uso; y la prudencia estriba en el detenido examen de los datos y en una buena inspiración.

Resultado, del latín *res*, cosa, y *saltare* saltar.—Todo acontecimiento, en cuanto determinado por algo anterior.

Los resultados de las funciones aritmética y geométrica, como procedentes de factores exactamente determinados, no pueden menos de ser ideal ó genéricamente predeterminados. Lo mismo sucede con los resul-

tados, ó consecuencias lógicas, fundados en datos definidos.

Cuando los datos son vivientes no hay que esperar, ni mucho menos, resultados exactos, sino sometidos siempre al coeficiente indefinido envuelto en la función.

Resurrección, del latín *re*, y *urgere*, levantarse.—Función práctica viviente, que se opone á la muerte definitiva, limitándola á figurar como un hecho transitorio en una serie relativamente continua.

Solamente la experiencia puede enseñar hasta qué punto es probable la continuación de una vida, después de una muerte aparente, que pudiera ser transitoria.

Los que hacen sinónimos resurrección y milagro, es porque suponen antes una muerte definitiva, y hallan contradictorio que se viva después. No supongan demasiado, y no se admirarán tanto, ni otorgarán su fe á contradicciones que repugnan á la razón.

Retórica, del griego *retor*, orador.—Arte de embellecer lo que se dice: agradable y aun conveniente para dar fuerza á la verdad, pero también pernicioso en cuanto puede asimismo dar fuerza á lo erróneo é inmoral.

¿Es una desgracia, ó por el contrario una fortuna, que el sentimiento intervenga tanto en la solución de los problemas de la vida?

Retracción, re-traer.—Función de volver á traer. Traer algo en sentido opuesto á aquél en que es traído.

Se retrae quien se había inclinado á sí propio, ó se siente inclinado por otro, á hacer alguna cosa.

El retraimiento es más bien teórico que práctico; pertenece á la reflexión más que al sentimiento.

Retrato, *res*, cosa, *tracta*, traída.

—La idea es retrato de la realidad, y realidad en idea. La idea se obstina en modificar á su modo el retrato, y la realidad en devolverle su forma primitiva.

El retrato de un ser viviente no puede ser hecho convenientemente si no suscita en el pensamiento el *modo funcional* del retratado.

Retrogradar.—Volver á lo pasado.

No puede esto hacerse rigurosamente. Sería caer en círculo vicioso con el cual la vida es imposible. Lo pasado no vuelve ya. Se reproduce, sí, porque subsiste la posibilidad de otro semejante.

Los llamados retrógrados no andan hacia atrás; esto sólo puede hacerse en el espacio; en el tiempo sólo es dado *reproducir*.

No siempre es vituperable retroceder en el espacio ó reproducir en el tiempo lo antes destruido. Necesaria es y apetecible la originalidad, mas no todo lo que se origina es bueno, ni todo lo que se olvida es malo.

Revelación, *revelatio*.—En cierto sentido lo adquiere todo el hombre por revelación, ya mediante sugerencias extrañas, ya por el ejercicio de su propia inteligencia.

Hay, pues, una revelación natural, entendiendo por natural todo lo vulgar y no estudiado, á la cual se contraponen otras revelaciones sobrenaturales.

Si se entiende por sobrenatural lo que está idealmente más allá de un momento actual determinado, también esta revelación sobrenatural se realiza naturalmente mediante la imaginación y la previsión humanas.

La última revelación es la de la ignorancia que nos encierra dentro de límites determinados.

Reverenciar, del latín *re*, muchas veces, y *vereri*, temer, respetar. —El respeto se debe á la autoridad y, sobre todo á la divina. Toda reverencia es poca cuando se encamina al bien supremo, cuyo cumplimiento se siente en la conciencia.

Reverso, del latín *reversus*. —El no es el reverso del sí, y el sí del no. La tesis es el reverso de la antítesis y viceversa.

Todo tiene, si bien se mira, un reverso como las medallas.

Lo ideal es el reverso de lo real y recíprocamente.

Revés, de reverso. —La espalda en sentido estático, la pasión contrapuesta á la acción en sentido dinámico.

Revolución, del latín *res*, cosa, y *volvère*, volver. —La vida es una evolución no predeterminada, sino hecha con espontaneidad ó libertad.

A esta evolución puede contraponerse una determinación violenta, para reemplazar el orden histórico y consuetudinario, con un relativo desorden, que venga á parar á un orden mejor ó peor. Esto es una revolución.

En el organismo corpóreo es una enfermedad, que se provoca á veces suponiéndola transitoria y útil en definitiva. En el orden social es un sacudimiento del edificio común, capaz de arruinarle, para construirle nuevamente.

Se comprende que, á no hacerse necesarios tales cataclismos para la curación de males muy graves, es preferible siempre la evolución con su espontaneidad providencial.

Rey, del sánscrito *raj*, sobresalir. —El que representa la ley y ni puede ni debe representarse en absoluto la función social.

Por eso han reemplazado en el

orden político los reyes representativos á los reyes de derecho divino.

El derecho de los reyes sólo tiene de divino lo que de divina tiene la ley.

Con la ley ha de conciliarse la libertad de la función común, encomendada, no sólo al rey y al pueblo, sino á la Providencia, que impone el bien como límite común á las aspiraciones de todos.

Rezo, de recitar, del latín *res*, cosa, y *citare*, llamar. —¿Para qué sirve rezar? ¿No es preferible emplear mejor el tiempo, en el estudio de las cosas y en el ejercicio de la actividad personal?

Ciertamente, si rezando se olvidaran estos importantes factores del destino humano, sería censurable el rezo; pero ¿cuándo fué un mal fomentar en el ánimo la aspiración al supremo bien? Rezar no es, ó al menos no debe ser, otra cosa, que llamar porfiadamente al bien supremo.

Rico, del sánscrito *rajau*, rey; pudiente. —El ser enriquecido por gracia divina ó por sus propias obras.

El ser viviente es el único que se enriquece por sus propias obras; el inorgánico se enriquece sólo por acumulación, ó por obra ajena, inclusa la de Dios.

Al vivir se enriquece el ser, poniendo en actividad su coeficiente indefinido y agregándose cada vez mayor definición.

Así se agregan al espíritu: bienes corporales exteriores, que valen algo aunque no mucho, y bienes espirituales que valen más.

Ridiculizar. —Tornar en risa lo que en otro sentido pudiera tornarse en llanto.

La risa y el llanto son manifesta-

ciones humanas de muy distintas formas pasionales.

La seriedad es la manifestación genuina del reposo funcional, de la función ejercitada con la mayor exención posible de ímpetus funcionales irreflexivos.

Una risa prudente es compatible con la seriedad; la risa imprudente degenera en fatuidad y desatino.

La risa tiene muchos y muy variados modos, relaciones y aplicaciones.

Desde la sonrisa graciosa de la inocencia y del candor; desde la que denuncia sólo benevolencia y cortesía; pasando después por la intencionada y amorosa; por la que censura ó reprueba cuanto oye ó ve; por la que corresponde al agradecimiento ó al placer sentido de distintos modos; hasta la carcajada homérica, que se lanza aturdidamente á impulsos de un sentimiento desordenado; se multiplican los modos de reír en correlación con todo lo que lleva el pensamiento en sus entrañas.

Poco menos pudiera decirse del llanto; mas por ahora nos limitamos á la risa.

La risa es potestativa en el que ríe; pero conviene que se adapte bien al objeto en que recae.

Hay objetos risibles por lo buenos; y éstos excitan una buena risa: otros son risibles por lo malos, y cuando son malos simplemente por sus formas exteriores, se los llama *ridículos*.

Mas como la risa es siempre potestativa, se suele aplicar la risa que merece el ridículo, á objetos que, mirándolo bien, nada tienen de ridículos. Entonces el ridículo refluye en el que se ríe, lejos de interesar al objeto de que se ría.

Ridículo, del latín *ridere*, reír. —El medio que aparece desproporcio-

nado con su fin, en tanto que tal desarmónia no mueve por otro lado á compasión.

La vida humana por su brevedad, por sus aspiraciones malogradas, por la desproporción en que se halla, como medio, con los extremos absolutos que en parte concilia; mueve á risa ó á llanto. Preciso es tomarla tal como aparece, y contentarse con ella cultivando su terreno sin prescindir de sus horizontes. Procurando no traspasarlos en absoluto, se evita la risa ó el llanto del espectador de nuestros propósitos.

En cuanto á ridículos particulares, son siempre posibles bajo todas las formas de la vida.

Rienda, del latín *retinere*, retener. —Límite impuesto en especial al movimiento viviente.

La pasión, el sentimiento, tienen su rienda en la reflexión. En particular los refrena el uso común del pensamiento interviniendo, ora inconsciente, ora conscientemente.

Cuando los refrena conscientemente es porque la generalidad se determina enfrente de todo lo dado en particular; el sujeto se objetiva á sí propio en forma de ley, sin detener en absoluto el curso de los acontecimientos, y al contrario mostrándoles el cauce por donde deben pasar.

Rígido, del latín *rigor*. —Lo que resiste al movimiento íntimo de sus partes, lo que ni se tuerce ni se encorva.

Tal es la idea de la ley.

Sana es una rigidez relativa de la ley; mas la rigidez absoluta implica la ausencia de libre pensamiento, y de los bienes, que sólo son posibles por medio de la función que entonces se halla cohibida.

Rigor, del latín *rigor*, impresión.

áspera del frío.—Sistema de cumplir á todo trance la ley.

Se exige rigor á los encargados *exclusivamente* de dar cumplimiento á las leyes, mas en la función común que comprende, no sólo la ley hecha, sino su formación en el pensamiento mismo; el rigor, lejos de constituir una absoluta necesidad, no nace sino con la ley misma, que implica, al nacer, la libertad correlativa para cumplirla, poniendo en *consonancia* el sentimiento y la reflexión.

En las sociedades humanas no se puede menos de hacer deslinde de las atribuciones que un hombre solo reúne y compendia *para sí*, y por eso se encomienda á unas personas el rigor, y á otras personas distintas la confección del rigorismo en general. De aquí resultan todavía inconvenientes, inevitables en absoluto; pero la unidad absorbente de la legislación social no puede estar representada en un hombre solo sin peligros mayores todavía.

Ese hombre sería un tirano, y por benigno que se le supusiera, no pudiendo hacerlo todo por sí, se serviría de delegados, que fragmentarian al cabo la función, que se aspiraba á conservar en su integridad sintética, y podrían hacerlo con desventaja para el orden común convirtiéndose en otros tantos tiranuelos.

Rio, del sánscrito *ri*, gotear.—Masa de agua que nace entre la tierra y el aire; corre por algún tiempo y se pierde en el mar.

También el ser vivo nace de su madre la tierra, y de su padre el espíritu; pasa durante un tiempo definido sobre el regazo de su madre, y se pierde en la generalidad indefinida. Ya lo dijo el poeta.

Nuestras vidas son los ríos que van á dar en la mar.

Y, sin embargo, un río no vive, porque todo en él es hecho; nada hace por sí. El ser viviente se hace río, se labra sus orillas y no tiene mar definida en que detenerse.

Risa, de reir.—Movimiento expansivo que tiene varias formas y significaciones.

Mueven á una risa de carácter especial los sentimientos vivos, pero cándidos, inmaculados, infantiles. Se sonríe el que experimenta una placidez momentánea y apenas reflexionada.

Otra forma de risa es la que suscita el espectáculo de la misma candidez, no ya propia de la edad y circunstancias, sino donde no debería hallarse en momentos en que procede obrar con madurez é inteligencia, guardando la necesaria armonía entre los medios y los fines.

Divierte, sin ser ridículo, un niño ensayando mover una masa enorme con una caña. El mismo espectáculo pondría á un hombre en ridículo.

Ritmo, del griego *rhein*, manar.—Unidad en las diferencias de tiempo. Orden en la sucesión.

El movimiento acompasado es grato, como todo lo que realiza la armonía, el equilibrio en el desequilibrio mismo.

El ritmo en lo inorgánico es una armonía *determinada*, como el movimiento de los astros.

En el reino viviente es una armonía *determinándose* con carácter de espontaneidad.

Rito, del sánscrito *ri*, frecuentar.—Objetivación del símbolo religioso ideal.

El símbolo religioso es ideal, y para

realizar este ideal sirven la Iglesia y sus ritos.

Rivalidad, de riva ó ribera.—Las dos riberas de un río son rivales entre sí.

Todo el mundo quiere el bien en general, y en particular nunca se satisface con lo que llega á alcanzar. Quiere por consiguiente, que su bien sea el mayor posible, excediendo al de otro cualquiera.

Tal es la rivalidad, lícita y aun posible, cuando se refiere al bien general; pero mezquina é ilícita cuando sólo tiene por objeto el bien particular.

Robo, de robar y del sánscrito *har*, coger.—Usurpación del bien ajeno.

Todos los bienes del mundo son en parte comunes á todos los hombres, y en otra parte propios de cada hombre.

Las leyes sociales son las que determinan en particular el *cuánto* y el *cómo* de estas diversas categorías, sin llegar á una determinación absoluta, porque esto sería llegar al absurdo.

Por lo tanto no puede decirse, sin absurdo, que la propiedad individual es el robo, si no se entiende hablar de propiedad individual no protegida por la ley establecida, y entregada á la colectividad, mientras no la individualicen otras leyes legítimamente formuladas.

Roce.—Contacto en el movimiento.

Todos los elementos de la vida se hallan en roce continuo y conviene que de este roce redunde el bien para todos.

La desgracia es que á menudo ocurren malos rozamientos.

Rochefoucauld, pensador empírico francés del siglo XVIII, que

atribuía todos los actos humanos al amor y al interés.

Fácil le fué darse una apariencia de acierto y perspicacia, explotando el lado *egoísta*, que no puede menos de aparecer en todo lo humano.

Si bien se mira, en cada acto del hombre ha de ir siempre envuelto *más ó menos* amor propio, más ó menos interés personal.

Sofista inconsciente, no advertía Le Rochefoucauld, que la función humana suscita la *generalidad* en correlación con la particularidad, y que tampoco hay criatura humana, que en el hecho de ser humana, no implique *más ó menos* amor al orden universal, al prójimo y á Dios, á interesarse en beneficio de ideales, distintos sin duda de su personalidad, aunque relacionados con ella.

Rodeo, de rodar.—Se puede andar en línea recta por el espacio. Por el tiempo no se anda sin rodar en el espacio.

En el espacio mismo ocurre á veces la necesidad del rodeo para andar.

Es que la línea recta, posible en relación, no lo sería jamás en absoluto dentro de una función viviente.

Llegamos á ser por el rodeo del no ser; y á saber por el de no saber. En todas partes reaparece el obstáculo, y en vencerle cada vez que se presenta consiste la habilidad para vivir; ya que no pueda prescindirse nunca de algún obstáculo que vencer, y por tanto de *rodear*, ejercitando más ó menos en cada caso particular lo que se ejecuta siempre en general.

Romanticismo.—Forma poética que se ampara en la libertad contra las exigencias de las leyes clásicas.

No se entendería bien la libertad

poética y literaria, si no se la limitara por la ley, al menos del buen gusto y del consentimiento universal.

La libertad es para la ley y la ley para la libertad; el primor consiste en hacer libremente leyes que se acepten como legítimas.

Romería, de *rome*, y *ire*, ir. — La hacemos todos peregrinando por el mundo desde que nacemos hasta que morimos.

Los que sacan de ella mejor partido son los que se encomiendan al santo más eficaz para su salvación temporal y eterna, soportando alegremente las exigencias y desventuras con que tropieza en su tránsito.

Romper, del sánscrito *rup*. — Separar violentamente.

Ningún peligro hay en romper un objeto material, fuera de la pérdida de su valor en el comercio; mas si se quisiera hacer lo mismo con la función inicial sobre que gira la vida, esta ruptura se llamaría contradicción y no tendría compostura posible.

Roscelino, canónigo francés del siglo XI, que combatió violentamente el realismo, ó sea la opinión que atribuía á las ideas, al mundo interno, realidad análoga á la del mundo externo.

Extremando su punto de vista no acertó á distinguir el pensamiento de una cosa de la cosa pensada, sino reduciendo el primero á ser ninguna cosa ó poco menos: *flatus vocis*.

No hay—decía—blanco ó negro en general sino cosas blancas ó negras en particular.

Para librar á Dios del compromiso de figurar como nada (*flatus vocis*) creyó bastante suponer tres personas individuales.

No veía seguramente Roscelino las

consecuencias de su *absoluta negación* de la realidad de lo ideal.

La idea es ciertamente *especulada*, como en el mundo objetivo aparece detrás de un espejo la imagen del objeto presentado delante de él; pero aun así es algo visible interiormente. Algo se ve aunque sea en un espejo ideal (evidencia ó videncia interna, correlativa con la externa).

Mas á lo visto en la *función ideal*, á la imagen especulada, se añade una actividad especulante correlativa con la llamada por muchos preferentemente real, porque ésta se halla al alcance de los sentidos externos, y la otra sólo interesa el sentido íntimo.

La lógica formal quiere la *esencia absoluta* de estas funciones, que no se halla al alcance de la función humana. Pero lo cierto es que, para la práctica humana, para el hombre, importa sobre todo la función especulativa, porque ella le hace hombre, y le otorga el predominio, el mando, el ejercicio de la ley, respecto de todo aquello, que aparece á su frente como creado por un creador, que él representa en grado eminente y aun exclusivo.

Reducir todo esto á palabras es reducirlo á *música*, á sonido incoherente y desprovisto de significación ajena al mecanismo.

Rostro, del latín *rostrum*, pico de ave.—Es símbolo del pensamiento.

El rostro de la planta es la flor, aparato de generación. La planta no piensa, digámoslo así, más que en nutrirse y engendrar. — El rostro del animal inclinado al suelo, no tiene de ideal más que el egoísmo que duerme en la planta y en él está despierto. El rostro del hombre, mirando al cielo, refleja la generalidad que vive en su conciencia.

Rotación, de rodar.—Movimien-

to especial que se hace, no como simple traslación de un móvil, sino, además, como ejercicio actual del movimiento por el móvil mismo.

La rotación se hace objetivamente en particular por un cuerpo cualquiera, circular ó esferóideo, lanzado al espacio como una bola de billar.

En relativa generalidad se hace por un astro, como la tierra, que rueda, no libremente, sino suponiendo impulso ajeno, sin que se vea, ni verse pueda, mano particular que imprima el movimiento; porque verla supondría asistencia del espectador á la Creación universal.

En el pensamiento se refleja el movimiento rotatorio como generalidad, que se hace incesantemente, que ignora y necesita ignorar su propio origen, y sólo se reconoce prácticamente como determinada en condiciones necesarias, inconcebibles para ella, porque aspirando á comprenderlas no haría más que comprenderse á sí propia.

El pensamiento reproduce en cuarto grado la función rotatoria, que afecta ya á los astros, al ser vegetativo y al ser sensitivo.

Royer Collard, filósofo francés del siglo XVIII, de tendencias espiritualistas.

Manifestó estas tendencias ateniéndose á principios fundados en *leyes*, y no precisamente en substancias absolutas: leyes *estables* por un Jado y leyes *generales* por otro.

Esta clasificación de las leyes no estaba muy bien inspirada; pero al cabo se preocupaba Royer Collard con ellas, eludiendo el ontologismo escolástico de sus tiempos.

Estaba reservado á Kant el usufructo de la ley filosóficamente considerada; y á Renouvier el complemen-

to del esfuerzo kantiano, y la adición de las funciones, hasta llegar á la función de funciones representadas, por un lado, y la función de funciones representativas, por otro.

Rousseau, clérigo francés, de gran energía intelectual, poeta con tendencias espiritualistas, pero de forma eminentemente racionalista.

Supuso una época en que el hombre viviera en estado absolutamente salvaje, y, sin embargo, feliz como en el Paraíso de Adán, por carecer de necesidades.

Desde esta abstracción, desde este corte inverosímil de la vida humana, pasa al estado social por una especie de contrato, que no por hallarse *implícito* en el corazón de cada hombre puede admitirse *explícito*, como le supone Rousseau. De la imperfección de este contrato nacen, según él, todas las miserias de la humanidad.

La solución.—dice—del problema social está en: «Hallar una forma de asociación, que defienda y proteja con toda la fuerza común, la persona y los bienes de los asociados, y mediante la cual, sirviéndose todos á cada uno, nadie obedezca, sin embargo, sino á sí propio y permanezca tan libre como antes.»

Tal es la utopía, que cultivada amorosamente, llevó al mismo Rousseau al linde de un socialismo absorbente que, por hacer libres á todos, á nadie dejaba un átomo de libertad, almacenándola estérilmente en el acervo común.

Análoga utopía había imaginado Platón, y ofusca la vista de los contemporáneos, afiliados al socialismo, como solución extrema del problema sociológico, contrapuesta al otro extremo, no menos ilusorio é impreciso: el anarquismo.

Ni socialismo ni anarquismo: ley y libertad, armonizadas entre sí, en cuanto sea posible la *armonía* en medio de la *discordancia*, inevitable siempre, aun cuando no sea más que como *transición* instantánea del uno al otro extremo.

Rubor, del latín *rubor*, encarnado.—Confesión de algo malo que sale á la cara.

La joven inocente se ruboriza cuando su castidad siente un daño ó un peligro; se ruboriza también el que comete una falta, cuando se cree descubierto.

Rudo, del latín *rus ruris*, el campo.—Lo que carece de sutileza y espiritualidad en su acción. Todo lo definido es rudo en su contacto con lo indefinido; sólo compenetrándose el cuerpo y el espíritu pierde aquél su ingénita rudeza.

Rueda, del sánscrito *ray*, moverse.—Instrumento de rotación.

Más ó menos toda máquina es instrumento de rotación: hasta la palanca es una rotación de dos extremos sobre un eje.

Los agentes explosivos convierten la rotación en un movimiento excéntrico expansivo; pero el cuerpo lanzado rueda también en el espacio y describe una curva.

La curva es la dirección normal del movimiento, que aparece libre en cuanto puede serlo una función mecánica.

Por eso la curva es símbolo, y nada más que símbolo, de la función viviente; en la cual interviene intrínsecamente la libertad, que figura como extrínseca respecto de todo el orden

taxativamente fenomenal y determinado.

Ruego, del sánscrito *rig*, desear.—Apelación á una voluntad extraña para realizar un acto que se desea.

El hombre ruega á Dios para todo aquello que no depende de él, y cada cual ruega á los demás que le den lo que le conviene.

Si las substancias filosóficas pudieran hablar, rogarían al filósofo que les diera la relación y la transacción necesarias para vivir.

Ruido, del latín *ruere*, caer.—Sentimiento suscitado por un movimiento exterior de carácter vibratorio.

Sírvele de medio el espacio, lo mismo que á la visión, con la diferencia de que en ésta el espacio aparece teóricamente inmóvil, y en la audición aparece prácticamente movilizad.

El ruido se distingue del sonido en que representa un sonido no determinado en particular.

Ruin, voz procedente del alemán *ruin*, caballo flojo, rocín.—Lo es el objeto que por su pequeñez se niega más ó menos al sujeto consciente, y lo es también el sujeto consciente, que pospone el bien general al suyo en particular.

Así es como cabe ruindad lo mismo en lo real que en lo ideal.

Rutina, de *ruta*, camino trazado. Práctica predeterminada, seguida por un ser que pudiera determinarla por sí propio. Los órganos vegetativos son eminentemente rutinarios; mas no se los califica así, porque no pueden salir de la rutina en las líneas fundamentales de su vida. Los objetos no vivos no pueden ni aun determinarse una rutina.

S

Sabeismo, del siriaco *tsaba*, ablución.—Culto de los astros.

Semejante ideal religioso, aunque superior á la idolatría de objetos pequeños y aun de funciones corpóreas opuestas á la moral, es muy inferior á la idolatría del hombre, y sobre todo á la de la inteligencia humana en su más amplio desenvolvimiento.

Saber, del latín *sapere*, saborear.—Tesis positiva que con la antítesis ignorar concurre á la función científica.

El saber es por lo tanto eminentemente limitado. Sin esta limitación se evaporaría su contenido.

Imposible es un saber absoluto, así como un absoluto ignorar, por lo mismo que éstos son los ejes sobre que gira la vida inteligente, y que no funcionaría uno de los polos sin el otro.

Saber é ignorar son extremos analíticos de la síntesis *creer* y de la antítesis *no creer*.

La función que consta de estos cuatro extremos, se diversifica según que se la considere desde un punto de vista aislado, ó sobre el punto de vista del conjunto.

La sabiduría más ó menos velada de los primeros tiempos de la histo-

ria filosófica había ya promulgado la ley «Conócete á ti mismo»

Sócrates se propuso cumplirla, y como consecuencia de sus ensayos aser-
tó que *no sabía*.

Sabía, pues, al menos su negación de saber absoluto, y esto ya es Algo.

Mas no se encierra todo en saber ni en no saber, ni aun en saber que no se sabe.

Hay que descender á relaciones particulares, dentro de esta relación genérica del saber con el no saber, y así es como se llega á saber *alguna cosa*.

El saber figura como *ley definida* en la función teórica, en que la ignorancia figura como *ley indefinida*.

Definen é indefinen *prácticamente* el saber indefinido, la *creencia* y la duda, más ó menos acentuadas, hasta llegar á lo absoluto.

La incredulidad es más propia de la reflexión que del sentimiento. Los que menos saben son precisamente los más crédulos, porque comunicados con el creer ajeno, se fían en el propio. Los incrédulos lo son porque reflexionan demasiado, hasta no comprender que ellos mismos creen algo en particular, y que de esta suerte